

EL DESARROLLO DE LA AGRICULTURA y las inversiones intelectuales

L. MALASSIS

Profesor de Economía Rural, Escuela
Nacional Superior Agronómica de
Rennes (Francia).

EXAMINAREMOS las inversiones intelectuales en relación con el desarrollo económico y social de la agricultura, y éste, a su vez, en el seno de la evolución económica global.

A lo largo de los últimos cien años, en las economías de tipo occidental se observa:

1. Que la producción agrícola se ha desarrollado más rápidamente que la población, y el consumo medio de productos alimenticios *per capita* ha aumentado. Estos resultados se deben principalmente al progreso técnico.
2. Que los consumidores consagran una parte, cada vez menos importante, de sus presupuestos, a los gastos alimenticios, y otra, cada vez más importante, a fines no agrícolas: máquinas de lavar, motocicletas, automóviles, aparatos de TV, etc.
3. Que como consecuencia de la evolución del consumo, por una parte, y del aumento de la producción del trabajo agrícola, por otra, se ha producido una disminución en la población agrícola.
4. Que a pesar del citado aumento de la productividad y de la disminución de la población, las rentas agrícolas han permanecido, en general, relativamente bajas; lo que se traduce en un malestar, tanto más grave cuanto las aspiraciones de los agricultores hacia un mayor bienestar social se intensifican de día en día.

Es correcto presumir:

- a) Que el progreso técnico va a continuar acelerándose.
- b) Que en Europa, la producción continuará creciendo más rápidamente que la pobla-

ción: estamos ya en la «era de la abundancia».

- c) Que el éxodo rural va a continuar.
- d) Que el deseo de los agricultores de participar en el progreso económico y social y de alcanzar la paridad con los otros sectores profesionales de la sociedad será cada vez más fuerte; uno de los fenómenos sociales más destacados durante este siglo será, probablemente, la accesión de los «campesinos a la cultura» y al modo de vida que surgió de la evolución industrial.

Este esquema deberá completarse con numerosos comentarios, y servir de base de discusión. Nosotros nos vamos a limitar a formular algunas observaciones inspiradas por las relaciones que existen entre el desarrollo económico y social y las inversiones intelectuales.

a) La aceleración del progreso técnico conduce a una nueva actitud frente a la enseñanza: en los próximos años, nosotros vamos a formar los jefes de explotación del año 2000. Es probable que los conocimientos profesionales que éstos necesitan serán muy diferentes de los que posee el jefe de explotación de 1961; pero, por otra parte, nosotros no estamos en condiciones de determinar cuáles serán los necesarios. La enseñanza ha de orientarse, por consiguiente, hacia la adquisición de instrumentos de observación y de razonamiento, más que hacia la acumulación de un *stock* de «recetas» que perderán rápidamente su eficacia. Más que nunca, la formación general básica ha de ser el fundamento de la enseñanza agrícola y ha de ocupar en ella un lugar cada vez más importante. Una rápida y eficaz propagación del progreso técnico exige un buen sistema de información (de divulgación), apoyado en una formación básica que permita a los agricultores asimilar rápidamente las nuevas técnicas.

b) Podría creerse que la economía de la abundancia amenaza las inversiones intelectuales. Se podría razonar de esta forma: ¿debemos desarrollar la investigación agronómica, la enseñanza y la extensión agraria si nuestros esfuerzos nos han de conducir al final a la producción de excedentes e incluso a una crisis económica?... No debe perderse de vista que los gastos del desarrollo intelectual cumplen una doble función: son, según la expresión de los economistas, a la vez *inversiones productivas* y *gastos de consumo* que contribuyen directamente a la expansión humana. Ahora bien, las sociedades democráticas han de permitir el acceso a la cultura de todas las categorías sociales. El desarrollo del sector agrario no se puede plantear solamente en términos de mercado (de cantidad), ha de plantearse en términos de calidad, de regularidad de la producción, de organización de los mercados, de disminución del trabajo, de eliminación de las servidumbres biológicas por nuevas formas de organización social de la producción, del descanso organizado, de una transformación psico-social que ponga fin al complejo de inferioridad de los campesinos, de participación en una vida social organizada, etc., etc.

No es frenando el progreso, ni limitando las inversiones intelectuales, como encontraremos solución a los problemas de la abundancia. Por el contrario, debemos poner a prueba nuestras cualidades de imaginación e invención, sobre todo en el campo económico social, para pasar de un mundo en que el valor está fundado en la escasez, en la pobreza, a un mundo en que las riquezas disponibles podrán permitir, ¡por fin...!, la satisfacción del conjunto de necesidades del hombre.

Debemos, asimismo, hacer observar que frenar el progreso técnico nos conduciría (sobre todo por el sistema de contingentes de la producción) a una congelación de las situaciones adquiridas, lo que perjudica a las explotaciones y a las regiones, incluso, susceptibles de un margen más amplio de progreso (explotaciones familiares, regiones en proceso de desarrollo, etc.), y desanimaría a los productores más dinámicos. Ante las perspectivas de una concurrencia, cada vez más fuerte, en el seno del sistema socio-económico, frenar el progreso conduciría inevitablemente, a largo plazo, a condenar las bases en que se apoya nuestra organización social. Debería ser evidente que, frente a la amenaza de excedentes eventuales, la solución ha de buscarse del lado de la conquista de

nuevos mercados, de una política de ayuda alimenticia, o de un reajuste de los sectores de la producción que facilite la movilidad social, pero nunca del lado de una limitación en las inversiones intelectuales.

c) El desarrollo económico implica la movilidad social, y sobre todo, y en la mayor parte de los países europeos, una reducción de la población agrícola; pero, es preciso humanizar este transvase de población. La movilidad social se facilitará mediante un sistema educativo que permita la orientación y la reorientación durante el período de escolaridad y fuera de él. Este sistema implica la permeabilidad entre los grados y entre los órdenes de la enseñanza, la formación de promociones y su reconversión, incluso a cargo de la sociedad, mediante la adaptación intelectual de los individuos afectados. Bajo esta perspectiva, el viejo concepto de seguridad, ligado a la continuidad de una misma actividad, ha de ser abandonado definitivamente: frente a las necesidades del desarrollo económico y a los cambios que éste implica, la «seguridad» ha de ser obtenida mediante sistemas de orientación, de reorientación y por una *formación de reconversión*.

De lo anterior se deduce que la enseñanza agrícola no debe jamás ser concebida como «una enseñanza aparte», ha de estar integrada en las estructuras globales de la enseñanza, y la formación de «reconversión» ha de facilitar el eventual transvase de los agricultores.

d) La enseñanza ha de ser un instrumento al servicio de una integración de los agricultores en la comunidad nacional. En la medida en que proporcione a todos «un denominador común», es decir, una *cultura general común*, y en la medida en que democráticamente permita a cada uno llegar al grado de enseñanza compatible con sus aptitudes, su capacidad y su voluntad. La democratización de la enseñanza está muy lejos de haberse conseguido en Europa; la importancia relativa de los hijos de agricultores y obreros agrícolas que acceden a la enseñanza superior es muy inferior al porcentaje que estas clases sociales ocupan en el conjunto del país. La democratización implica, sobre todo, una mejor prospección y una mejor selección de las inteligencias, junto con un sistema de financiación apropiada.